María Bjerg

Historias de la inmigración en la Argentina

Colección bitácora

edhasa

A Catalina

Índice

Introducción 11

Primera Parte. La inmigración
Capítulo 1. Una mirada panorámica de la inmigración en la Argentina 21
Flujos 24
Reflujos 33
Capítulo 2. La inmigración en el mundo urbano 39
Vivir en la ciudad cosmopolita 40
Las asociaciones 51
La prensa étnica 56
Capítulo 3. La inmigración en el mundo rural 63
Colonias y colonizadores. De Esperanza a Nueva Esperanza 63
Los inmigrantes en las estancias y las chacras 86
Capítulo 4. Familia, parentesco y redes sociales 99
Las familias inmigrantes entre el viejo y el nuevo mundo 99
Nace una nueva familia. Los inmigrantes y el matrimonio 107
La familia y el trabajo 119

Capítulo 5. La inmigración, las guerras y las posguerras 129
Las puertas se cierran 129
El fin de la ilusión aluvial 139

Segunda Parte. Los inmigrantes
Capítulo 6. Ella Brunswig y Karen Sunesen:
dos mujeres del norte de Europa 145
"En ocho meses no he visto otra pollera
que no sea la mía" 153
"Las mujeres no sabían hablar otra lengua que
el danés y sus hogares eran pequeñas Dinamarcas" 166
Capítulo 7. Marcos Alpersohn
y Boris Garfunkel: dos colonos judíos 183
"Mojaba la pluma en mis lágrimas [...] registrando
nuestras pocas alegrías y muchas penas" 184
"Llegaron las festividades. ¡Qué jubilosamente
se celebró ese Sukkot!" 188
"La sagrada y absorbente empresa
de nuestra redención" 190
Capítulo 8. Eugenia Sacerdote. Una italiana
en el exilio 199
"Nunca he podido volver a nadar como
lo hacía en el Mediterráneo" 199

Epílogo 215
Notas 219
Bibliografía 223
Agradecimientos 231

Introducción

En un enigmático relato la escritora danesa Karen Blixen cuenta que había una vez un hombre que vivía en una casita redonda, con una ventana redonda y un jardín triangular en el frente. No muy lejos de la casa había un estanque con peces. Una noche, un gran ruido lo despertó y el hombre se internó en la oscuridad para averiguar su causa. Primero comenzó a correr a tientas en dirección al sur y luego de numerosas vicisitudes le pareció que había tomado el rumbo equivocado. Entonces se dirigió hacia el norte, pero de nuevo creyó escuchar de que el ruido venía del sur y corrió hacia allá. Después de un largo deambular jalonado de tropiezos y caídas, se dio cuenta que el ruido provenía del fondo del estanque. Se precipitó hacia el lugar y vio que se había abierto una grieta profunda por donde se escapaban el agua y los peces. Se puso a trabajar con presteza y sólo cuando logró cubrir la rajadura volvió a su casa y se quedó dormido. A la mañana siguiente, al mirar a través de la ventana, el hombre descubrió que el rastro dejado por su peregrinar nocturno había trazado el perfil nítido de una cigüeña.

¿Qué significa esa imagen? Quizá que la vida signada por las inconsistencias de pronto se sintetiza en una forma. O tal vez la cigüeña sea la vida mirada en perspectiva, reconstruida y revisitada por la memoria. Los inmigrantes de cuyas trayectorias

habla este libro dibujaron su cigüeña cuando evocaron el pasado narrando sus historias personales antes y después de la migración, una experiencia que partió en dos sus existencias. Entre esas mitades se interpuso el mar.

Genoveva Boixadós emigró de Cataluña a Buenos Aires en 1923. Francisco, su flamante esposo, ya llevaba un tiempo radicado en la ciudad que había sido su refugio cuando a instancias de Genoveva había desertado para evitar la recluta durante la guerra de Marruecos. Se casaron por poder, ella en España y él en la Argentina. Entonces, con su carta de llamada y la compañía de otros paisanos, la joven dejó atrás la aldea de Erinyá para mudarse al otro lado del mar. Dos años después nació el primer hijo del matrimonio. Los negocios de Francisco prosperaban, de modo que en 1929, poco antes de que se desatara la crisis mundial, Genoveva y su pequeña familia volvieron de visita a Cataluña. En el poblado que todavía guardaba aires medievales, Concepción Borrell esperaba el regreso de su hija. Al reencontrarse, la joven y su madre se fundieron en llanto. "¡Ay, trista de mí, trista de mí!", se lamentaba Concepción.

El mar se había estrechado para volver a unirlas, pero ese mismo mar impiadoso no tardaría en separarlas. Dos meses, dice la tradición familiar, lloraron las mujeres la dicha del reencuentro, y dos meses la pena de la inexorable partida de Genoveva hacia Buenos Aires, donde había quedado la otra mitad de su vida. La madre y el idioma fueron dos resistentes lazos que la mantuvieron unida a Erinyá. Sin embargo, esos lazos se desataron el día que Genoveva recibió la carta que le anunciaba

la muerte de Concepción. Desde entonces, no volvió a hablar en catalán y en ese silencio se desvaneció el anhelo del regreso al hogar.

Julio Tomé Esperante, su esposa y sus hijos llegaron a la Argentina en el otoño de 1958 procedentes de Cuiña, un pequeño pueblo de La Coruña. Habían dejado atrás la casa y unas cuantas leiras infértiles donde, poco antes de partir, Julio había plantado unos pinos. El vínculo que de modo imaginario lo unía con Galicia animó la recreación de la identidad y las representaciones de Julio y su familia. En una construcción ficcional que incluía a su pasado en su presente, los Esperante mantuvieron una persistente ilusión de continuidad, aunque Julio y su mujer nunca regresaron a España. Sin embargo, para él era esencial que todos los hijos lo hiciesen. Así, uno a uno fueron volviendo a la tierra donde habían nacido y en el invierno de 1999 Julio despidió a la última, María Magdalena, diciéndole: *"Eu nao sei si te volverei a ver minha boa filha; ti me teras que lembrar assim, nao tem que esquecer de min"*.

No había pasado un mes en Cuiña cuando un llamado desde Argentina le anunció a María Magdalena que su padre estaba gravemente enfermo. La mujer volvió y después de contarle de la aldea y la parentela, le mostró una foto de los pinos que Julio había dejado jóvenes al partir. La puso entre sus manos y lo besó antes de abandonar la sala del hospital. Pocas horas más tarde, Julio murió.

Elegí estas dos historias porque en muchos sentidos representan a otras miles de trayectorias de separación y nostalgia, de reunión y alegría y de relaciones afectivas transnacionales.

En la primera parte de este libro esas experiencias permanecen escondidas detrás de una escenografía que recrea la inmigración en sus rasgos generales, en sus denominadores comunes y en sus contextos. En cambio, en la segunda, la mirada vira hacia los protagonistas, los inmigrantes entran en la escena y cuentan la experiencia de migrar y de vivir al mismo tiempo a uno y otro lado del mar. En la intimidad de los relatos, un puñado de hombres y mujeres vuelve su mirada a los caminos recorridos y descubre el perfil de sus cigüeñas. Remontando la pendiente de los años, el recuerdo revela la persistente ilusión de continuidad entre su viejo y su nuevo mundo de referencias.

El libro parte entonces de un repaso de los flujos y reflujos de la inmigración en la Argentina desde mediados del siglo XIX hasta los años que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial. Las variaciones de la corriente de hombres y mujeres que llegaron durante ese largo período a las costas del Río de la Plata obedecieron a una compleja (y también cambiante) combinación de factores en los lugares de origen y de destino. Diferentes razones de naturaleza económica, social y política impulsaron a millones de personas a abandonar el Viejo Mundo para iniciar un recorrido en otras playas, recorrido que para unos fue temporal mientras que para otros marcó un cambio definitivo en sus vidas.

La historia que cuenta esta primera parte continúa con la integración de los inmigrantes a la vida del nuevo país. Dos capítulos repasan la experiencia de vivir y trabajar en los mundos urbano y rural. Los conventillos, los barrios de

trabajadores, los enclaves étnicos, la casa propia, las fábricas, los conflictos obreros, la prensa en idioma extranjero y las asociaciones, son los tópicos que organizan una mirada posible de la inmigración y la ciudad. En tanto que las colonias, las estancias y las chacras agrícolas, el trabajo y la vida en el campo, abordan a los inmigrantes que salían del mundo rural europeo y terminaban viviendo en la pampa argentina. Allí pasaban un tiempo más o menos breve como "golondrinas" para retornar al origen y a lo mejor volver al sur una y otra vez; o se radicaban con sus familias, sembraban sus tierras, educaban a sus hijos y en numerosos casos pujaban por mantener idiomas, costumbres, creencias religiosas y representaciones propias a partir de las cuales recreaban identidades y se adaptaban a la vida en una sociedad tan diferente de la que habían dejado atrás.

La familia, la parentela y la migración a través de entramados más o menos densos de redes sociales, de las que habla el cuarto capítulo, sustentaban esas identidades reconstruidas. Emigrar acudiendo al llamado de un pariente, alojarse en la casa de un paisano que vivía en un barrio étnico, arrendar tierra en una estancia donde la mayoría compartía un origen nacional o regional común, casarse con una paisana, eran prácticas que orientaban la adaptación en una sociedad cosmopolita como la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX.

La Primera Guerra Mundial impuso un freno abrupto a la incesante marea de inmigrantes que llegaba al país desde 1880. Aunque pasado el conflicto el flujo se recuperó, los rasgos

de aquella sociedad de puertas abiertas, comprometida en una transformación profunda y marcada por el sino del progreso, cambiaron para siempre. Así como el destino, el contexto de la partida también había mutado de modo dramático. Se abrió entonces una nueva época en la que la corriente de inmigrantes, aunque con recuperaciones temporales, no lograría salir de la pendiente. En los años de la entreguerra y en especial durante la segunda posguerra, la inmigración ultramarina dejaría de ser uno de los rasgos más típicos de la sociedad argentina. De esa etapa, que finalizó con el reemplazo de la inmigración europea por una profusa presencia de extranjeros provenientes de países limítrofes, habla el quinto capítulo.

Hotel de Inmigrantes en Buenos Aires, 1912.
Archivo General de la Nación.

Para escribir esta primera parte del libro me he beneficiado del trabajo incansable de numerosos colegas. La nutrida historiografía de las migraciones, uno de los campos del saber histórico que ha tenido un desarrollo notable desde mediados de la década de 1980, ha sido un valioso repositorio de información y agudas reflexiones que me permitieron construir un recorrido que, aunque discontinuo y fragmentario, traza un panorama de la inmigración y de su impacto en la sociedad argentina.

Las fuentes primarias son, sin embargo, la materia prima de la segunda parte, que recorre las trayectorias de tres mujeres y dos hombres. He trabajado con memorias, cartas, autobiografías y entrevistas que me han ayudado a reconstruir la inmigración en una escala diferente. Indagando en lo pequeño y leyendo las experiencias individuales a la luz del contexto, las vidas de Ella Brunswig, Karen Sunesen, Marcos Alpersohn, Boris Garfunkel y Eugenia Sacerdote (de las que hablan los tres últimos capítulos) develan en toda su densidad una colorida y compleja trama de identidades y representaciones. Más allá de las especificidades de estos autorretratos, numerosos rasgos de sus vidas se entrelazan con los de otros inmigrantes que no dejaron huellas ni caprichosos dibujos de cigüeñas que orienten en su trabajo al historiador.